

A PROPOSITO DE LA ICONOGRAFIA HISTORICA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

por el Teniente Coronel BERNARD DRUÈNE
De la Société des Amis du Musée de l'Armée

Como la bibliografía, la iconografía militar puede ser clasificada en cuatro grandes secciones: la filosofía, la leyenda, la historia y la técnica de la guerra.

La *filosofía* comprende obras de muy desigual calidad, tanto las de un simbolismo puramente convencional (composiciones alegóricas apreciadas en su época por razones de gusto o de moda), como aquellas otras que, por su fuerza expresiva alcanzan un valor de eternidad (los bajorelieves de Rude o los aguafuertes de Goya).

A la *leyenda* pertenecen las múltiples composiciones serias o satíricas, mal encuadradas o documentadas, e, incluso, deliberadamente imaginarias. Algunas tienen, a pesar de todo, un innegable valor de evocación, a despecho de errores a menudo voluntarios, como la presencia en el cuadro de la Coronación, pintado por David, de *Madame Mère* (la madre de Napoleón), ausente de la ceremonia e incluida por orden expresa del Emperador, y, a veces, involuntarias o fortuitas, como la presencia en el cuadro de la distribución de las Águilas, del mismo autor, de un oficial polaco de Caballería ligera de la Guardia, tres años antes de la creación del regimiento. En dos «batallas de Rívoli» (1796), pintadas por C. Vernet, este artista se ha esmerado en reproducir el paisaje consabido, pero representa en uno de ellos a Berthier con el uniforme de Mariscal, reglamentado ocho años más tarde, y, en el otro, al jefe de escuadrones Lassalle con el traje de General, que vestirá en 1807, según el retrato pintado por Gros, así como un magnífico coracero con el uniforme de 1803.

«Aun cuando se equivoque, el poeta tiene razón.» Y si ello es cierto, como lo afirmó Rostand, el pintor puede permitirse análogas licencias; pero dentro de ciertos límites que no conviene rebasar.

Desde este punto de vista pueden considerarse como «poetas del dibu-

jo» a quienes compusieron la mayor parte de los grandes álbumes comerciales publicados en Francia durante la Restauración. Aunque habían transcurrido menos de veinte años después de los acontecimientos, tales álbumes se hallan plagados de errores, figurando en ellos los combatientes de 1805, 1806 y 1807 con los chacós de que se les proveyó más tarde, y representando despreocupadamente a los beligerantes de 1793 a 1814, con los mismos uniformes observados en 1814 y 1815, al retorno de los ejércitos franceses y durante la permanencia en París de las tropas extranjeras. A pesar de que se podía seguir muy bien la evolución de los ejércitos sobre la documentación publicada anteriormente. Ateniéndose estrictamente a ella, se aprecia que el aspecto de aquéllos cambió, por decirlo así, de año en año y según los teatros de operaciones. Lo que no ha impedido a muchos ilustradores utilizar sin ninguna precaución tales «grabados de la época», tan frecuentemente erróneos.

H. Vernet, Raffet, Charlet y Bellangé, por no haber diferenciado sus personajes y haber encuadrado raramente sus composiciones en el paisaje real, no escapan tampoco a tales defectos. Sólo nos han legado poemas en imágenes de la épica leyenda, emocionantes, expresivos y verdaderos, con esa verdad lírica de los poetas de que nos habla Rostand. Meissonnier destacará dentro del género, pero corregirá su libertad de evocación mediante un cuidado escrupuloso del detalle característico de la época, exactamente comprobado (1).

La epopeya ha desempeñado siempre un importante papel en la educación del corazón y del espíritu, desde Homero a la «Canción de Rolando», y del «Poema del Cid» a Víctor Hugo, hasta las canciones improvisadas aún no hace mucho por las damas targui, alrededor de las hogueras, durante las veladas saharianas. Al margen del cuadro rígido de la historia, los «Episodios Nacionales», de Pérez Galdós, al igual que las novelas patrióticas de Erckmann Chatrian, han contribuido a enriquecer nuestro recuerdo del pasado. ¿Por qué rehusar al lápiz y al pincel la misma tolerancia que se concede a la pluma? Y, en definitiva, tanto en el país de Cervantes como en el de Molière, ¿se puede negar derecho de ciudadanía a la caricatura, esa comedia gráfica, con tal de que sea ingeniosa e invite a reflexionar?

A mediados de siglo, con el progreso de las artes gráficas y el apasionamiento por el Imperio, muchas historias, como las de Norvins, de Laurent de l'Ardèche, el Memorial de Santa Elena y los historiales de la

(1) B. DRUÉNE: *Meissonnier*, in «Revue Historique de l'Armée», núm. 2 de 1959, páginas 16 a 26.

Guardia Imperial aparecen con ilustraciones casi todas imprecisas y criticables.

Philippoteau, el principal ilustrador de Thiers, representaba ya un progreso. Sin estar por completo exento de errores graves, se halla, sin embargo, mejor informado y es más escrupuloso que sus antecesores. Varias de sus composiciones serán repetidas y arregladas por Detaille.

La «France Militaire», de A. Hugo, daba muestras también de un loable esfuerzo de investigación, pero se resentía de los mediocres procedimientos de reproducción y de información de su época.

La *Historia* sólo admite los documentos auténticos y verídicos, exactamente localizados y fechados, con tal que sean suficientemente legibles y desentendiéndose de su calidad artística.

Algunos emanan de ciertos pintores de talento agregados a los reyes o a los ejércitos con diversos títulos, como Callot, Van der Meulen, la dinastía de los Parrocel, Cosette, L'Enfant, Van Blarembeghe, Bagetti, Zix y Albert Adam. Pero casi siempre estuvieron apartados del lugar de la refriega. Sólo la vieron de lejos, y de ello se resiente su obra.

Otros testimonios gráficos proceden de actores directos del drama más o menos hábiles y dispuestos a veces a dramatizar, pero incomparables cuando llegan a alcanzar la maestría de Charles Parrocel, que fué combatiente de caballería, de los generales Lejcune y Bacler d'Albe, de los coroneles Barbier y Langlois, del Mayor Faber du Faur, del granadero Pils y otros testigos todavía más modestos de los que cabe únicamente exigir la objetividad. Pero, aun en estos casos, el nombre no es garantía suficiente. Lo mismo que a los textos, es necesario someter sus composiciones a una severa crítica, pues a veces hasta los mejores incurren en falta, sobre todo cuando no han sido testigos directos.

La *imagen técnica* es, afortunadamente, un género más accesible. Un artista cuyas composiciones de escenas de batallas corresponden al dominio de la leyenda, puede legarnos colecciones valiosas de uniformes militares. Tal es el caso de Raffet, de Bellangé, de Philippoteau y, sobre todo, de Charlet, cuyos tipos militares son a menudo notables, aun los que reconstituye sobre documentos, pues procuraba informarse, frecuentaba los círculos militares e iba a los cuarteles a tomar apuntes. Desde luego, aquí también, las mejores evocaciones palidecen ante los retratos directos y las colecciones contemporáneas tomadas del natural.

El aspecto de una tropa se halla moldeado por la vida que lleva, casi tanto como por el indumento reglamentario. El tipo físico del combatiente evoluciona más deprisa que el uniforme. El promedio de edad, el modo

de peinarse y de arreglarse la barba y el bigote son datos muy variables y difíciles de determinar a posteriori.

El haber combatido en los países del Norte o en Oriente se refleja de manera distinta en el rostro de los soldados. Así podía apreciarse al pasar del frente de Francia al de Macedonia durante la primera guerra mundial, y, sin embargo, los sistemas de reclutamiento, los uniformes, los reglamentos y las tradiciones militares eran idénticos; pero no se trataba de la misma clase de guerra, ni del mismo clima ni del mismo género de vida. Existían todavía entre los regimientos diferencias notables debidas a muy antiguas tradiciones, como la manera de llevar la chechía entre los zuavos o entre los tiradores; debidas también a modas regionales toleradas por ciertos coroneles, como la costumbre de reemplazar el gorro cuartelero por la boina o de duplicar la cantimplora con la bota de piel de cabra en los regimientos del Sudoeste. Estos particularismos en tiempos de rígida uniformidad tuvieron con mayor motivo notables precedentes en el siglo XVIII y a principios del XIX, cuando los cuerpos encargaban sus equipos a los artesanos o a pequeñas manufacturas cuyas producciones eran más difíciles de armonizar y que dependían más del terruño que las de la gran industria moderna. La originalidad regimental y la diferencia de los teatros de operaciones eran aún más señaladas. Tales matices no son captados por los retratos convencionales; sólo la efigie personal puede expresarlos.

Pocos artistas consiguen interpretar la verdadera personalidad tras la movilidad o la inercia de la máscara, y, sin embargo, ¿cómo comprender a un hombre sin ver su rostro? Siempre advertí un oscuro desacuerdo entre lo que sabía de Turena y el petrimetre, demasiado tierno e inexpressivo que nos ofrecían ciertas litografías románticas. Por fin logré ver en Munich a un viejo austero, con el rostro curtido, pero radiante de energía y de soberana autoridad, según el atrayente retrato de Philippe de Champagne, y no me cupo duda de que así era Turena.

No me complacían tampoco las imágenes de Carlos XII, demasiado alargadas y con la cabeza harto pequeña y sin expresión, que se han prodigado tanto. Encontré al verdadero en Sans Souci, en el comedor donde el rey Federico II conservaba, al lado del de Richelieu, un busto del rey de Suecia en tiempo de sus primeras campañas, que explica claramente al genial obstinado.

Con el fin de evocar los hombres del Renacimiento para su serie «Las Máscaras y los Rostros», La Sizerane interrogó en todas las galerías italianas a los retratos de sus héroes y ha explicado maravillosamente cómo

se animaban aquellas efigies para aclarar los textos de un modo extraordinario. Siempre será necesario mirar los ojos de un hombre para saber quién es. Tal es el deber del artista, tanto como del jefe, del esgrimidor, del combatiente, del historiador o del simple aficionado, deseoso de conocer.

Los militares ante el pintor lucen sus mejores galas, adoptan la actitud más conforme a los gustos de la época y aparecen a menudo endominguados con el traje de parada o de sociedad. Cuesta trabajo reconocerlos en la vida cotidiana, en campaña, en el vivac, en el combate; pero como el indumento de guerra es para muchos de ellos el más atrayente y el más grato, por estar ligado a sus más nobles recuerdos, muchos retratos nos lo han transmitido felizmente. Lo que resulta esencial para determinar las épocas en que los trajes de marcha, de combate y de parada han comenzado a diferenciarse notablemente.

Al lado de los retratos, las escenas y los tipos dibujados en la retaguardia por artistas profesionales o aficionados permiten hacerse una idea muy aproximada de los ejércitos de antaño.

Esta parte de la iconografía es importantísima y afortunadamente muy rica. Desde el siglo xvi, los editores han puesto a la venta colecciones de trajes y, muy pronto también, de indumentos militares. Un gran traficante parisién, René Colas (2), que fué también un gran erudito, ha publicado en 1933 una bibliografía general del traje y de la moda, añadiendo a los repertorios de Lipperheide, Glasser y Ridder los títulos entresacados de los catálogos de subastas públicas y los de los libreros franceses y extranjeros.

Poco se ha añadido después a este considerable inventario que describe 3.121 colecciones, 700 de las cuales son militares. Ahora bien, sólo se trata de reproducciones, grabados o litografías. Los dibujos originales y los lienzos, que forman una parte muy importante de la documentación relativa a los uniformes, se hallan registrados únicamente en los catálogos de las Exposiciones, de los Museos y de las colecciones particulares. Por esta razón resulta muy difícil redactar una lista de ellos; y lo mismo sucede con las miniaturas, los apuntes fisonómicos, los retratos pintados o acuarelas dispersos por las galerías públicas y, sobre todo, entre las familias. Estas últimas prestan a veces sus tesoros a las exposiciones, o bien los ponen en venta con ocasión de una herencia o de un cambio de fortuna. Los catálogos de las exposiciones, de los grandes traficantes o de las gran-

(2) RENÉ COLA: *Bibliographie générale du costume et de la mode*. París, 1932. Un volumen en 8.º, de IX, 783 y 705 pp., tirada de 1.000 ejemplares.

des subastas, y aún de ciertos coleccionistas, constituyen verdaderas y apreciables bibliografías (3).

Se comprende fácilmente que el mundo de la imagen es casi ilimitado. En 1935, la colección Ponti sobre el vestuario militar se ponía en venta y ofrecía 984 ejemplares, de los cuales 159 correspondían a Suiza y 45 a Austria. Por lo que respecta a los uniformes militares españoles, las diferentes colecciones contienen los siguientes números: Colas, 24; Ponti, 19; Cottureau, 3; Glasser, 12; Odero, 13; de Ridder, 43. De acuerdo con el objeto de su colección, sus gustos y los medios de que disponían, los aficionados a las estampas han reunido cantidades de ejemplares que exceden con mucho a los fondos de las entidades públicas y aún a las bibliografías más completas.

Como acabamos de comprobar, las colecciones francesas son pobres en lo que concierne a España en la época de las guerras de principios del siglo XIX. Naturalmente, las obras fundamentales son las del General Conde de Clonard. Las láminas de su historia de la Guardia Real (4), las de su historia orgánica (5) y las de sus álbumes de Caballería (6) e Infantería (7), a base de composiciones de Villegas, interpretadas a veces por Víctor Adam; las acuarelas retrospectivas de Manuel Giménez González, divulgadas más tarde por admirables reproducciones en colores (8), y, finalmente, la *Vida Militar en España*, con las reconstituciones tan animadas y escrupulosamente documentadas de Cusachs (9). *El Museo Militar* del Capitán Barado dedica mayor espacio a los documentos de la época que a las composiciones. Se trata de obras muy serias, pero de segunda mano, consagradas a períodos muy dilatados de la Historia.

(3) *L'Iconographie du costume militaire*, del Capitán SAUZEY (*Revolution et empire*), cita más de 5.000 láminas coloreadas de uniformes militares. Un vol., en 12.º, de 468 pp. París, 1901.

(4) CONDE DE CLONARD: *Memorias para la historia de las tropas de la Casa Real de España*. Madrid, 1828, en 8.º, de XX, 239 pp.

(5) CONDE DE CLONARD: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*. 16 vols. en 4.º, fig. retratos, planos. Madrid, 1851-1859.

(6) CONDE DE CLONARD: *Album de la Caballería española*. Madrid, 1861. En 4.º obl., 40 pp de texto y 69 láminas en color.

(7) CONDE DE CLONARD: *Album de la Infantería española*. Madrid, 1861. 31 páginas de texto y 92 láminas en color.

(8) LUIS HERRERO DE TEJADA: *El Teniente General D. José Manuel de Goyeneche, primer Conde de Guaqui*. Barcelona, 1923. Un volumen, en folio, de 617 páginas, conteniendo 23 reproducciones en colores de las acuarelas de M. Giménez González, conservadas en la Academia de la Historia de Madrid.

(9) F. BARADO: *La vida militar en España*. Cuadros y dibujos de José Cusachs. Barcelona, 1887. Un volumen, en folio, de XI y 343 pp., figs. y láminas.

Como testigos directos de la vida en España a comienzos del siglo XIX, podemos citar a Laborde, cuyo *Viaje por España* se halla ilustrado con bellos grabados según los dibujos del autor, de Dutailly y de Molinier; las vistas de Zaragoza grabadas de acuerdo con los apuntes del General Lejeune; la colección de G. Cumberland (10) y el álbum de Juan Galbes y Fernando Brambilla (11), titulado *Ruinas de Zaragoza*, cuyos planos y perfiles trazados por oficiales de Ingenieros por Orden del Emperador y conservados en la Inspección de dicho Cuerpo, confirman la trágica y escrupulosa exactitud. Se encuentran también vistas de ciudades y campos de batalla en los atlas de los mariscales Saint Cyr y Suchet, de Vaccani y de Wyld.

Entre las colecciones que representan escenas y personas en los países observados se encuentran las del General Bacler d'Albe, del reverendo Bradford, del Coronel Langlois y las láminas de Zix. Bacler d'Albe (12) fué hasta 1814 Coronel Jefe del Gabinete Topográfico del Emperador. En tal concepto buscaba los mejores planos editados y los sometía al examen de su señor, después de haber señalado en ellos los emplazamientos de las tropas propias y enemigas de acuerdo con los informes más recientes. Mandaba trazar o trazaba por sí mismo croquis de las regiones poco conocidas, especialmente en Rusia. Caído en desgracia durante la Restauración, publicó colecciones de litografías. El tomo II de sus *Recuerdos pintorescos* (13), dedicados a la campaña de España, es uno de los mejores documentos gráficos sobre este período. Se notan algunos errores debidos a la época en que el autor trabajó; especialmente en la lámina 28, donde representa a la caballería ligera polaca con las lanzas que se le concedieron después de Wagram.

El reverendo Bradford (14) acompañó al ejército del General Moore desde la bahía de Maceira a La Coruña, y tomó apuntes de los paisajes,

(10) *Views illustratives of the campaigns in Portugal and Spain*. En fol. obl., 18 páginas en color.

(11) JUAN GALBES y FERNANDO BRAMBILLA: *Ruinas de Zaragoza*. 22 láminas en folio de escenas y vistas; 11 láminas en 4.º de los principales defensores.

(12) MADAME BACLER D'ALBE-DESPAX: *Le Général Bacler d'Albe, topographe de l'Empereur et son fils*. Mont de Marsan, 1954. En 8.º, de 123 pp.

(13) GÉNÉRAL BACLER D'ALBE: *Souvenirs pittoresques*. Paris, Engelmann, sin fecha. Dos vols. en 4.º Tomo II: *Campagne d'Espagne*. 50 láminas litografiadas.

(14) BRADFORD (rev. William): *Sketches of the Country, Character and Costume in Portugal and Spain made during the campaigns, and on the Route of the British Army in 1808 and 1809*. Londres, 1809; gr. en 4.º, de 38 y 8 pp., con 40 y 13 láminas en colores.

los monumentos y el vestuario de los habitantes. Sus acuarelas, de acuerdo con el gusto inglés de la época, reproducen a menudo los accidentes de la ruta y las escenas de la retirada, dando impresión de gran veracidad. El editor añadió una reseña sobre el ejército español, seis láminas de uniformes militares de esta nación pertenecientes a la división de La Romana, ocho láminas de trajes portugueses y dos de franceses. Estas láminas, publicadas en 1809, han sido frecuentemente reproducidas en otras colecciones y pueden estimarse documentales.

El viaje por Cataluña del Coronel Langlois (15) fué dibujado sobre el propio terreno, pero una decena de años después de los acontecimientos que rememora. Las escenas de batallas fueron visiblemente compuestas bajo la Restauración, y así ciertos detalles como la silueta de los coraceros de Molíns del Rey y del Bruch, parecen corresponder a una fecha más tardía que las de 1809 y 1810. Se ve a los infantes de esta época con el uniforme reglamentario en 1812, fecha en que Langlois estaba en Cataluña y en que las prendas de aquel modelo pudieron comenzar a ser distribuidas.

Da pocos detalles de las tropas españolas e incluso en la lámina 38, relativa al combate de Figueras en 1794, hace figurar una bandera roja y gualda, que sólo mucho más tarde (en 1843) fué adoptada como enseña de los Cuerpos del Ejército. El oficial español de la lámina 31 parece, por el contrario, muy correctamente representado y los detalles de su indumentaria se hallan confirmados por otras fuentes. Dejando aparte tales minucias, el autor fué actor o testigo de ciertos hechos y acontecimientos análogos. Langlois —salido de la Politécnica a los dieciocho años, en 1807; Teniente en Wagram; Capitán en el 67.º de línea, destinado en España, desde 1812 a 1814— fué retirado con medio sueldo después de Waterloo y frecuentó los estudios parisienses, convirtiéndose en un buen paisajista y un pintor discreto. Destinado al Depósito de la Guerra, se especializó en las investigaciones y trabajos de la sección encargada de la reconstitución gráfica de las batallas del Imperio. A él se debe la extraordinaria boga que alcanzaron en Francia los inmensos panoramas de batallas, actividad muy lucrativa a la que dedicaba sus horas de asueto; aportando a sus creaciones sus cualidades de paisajista, sus conocimientos de Oficial de Estado Mayor y su probidad de historiador. Fué también uno de los primeros cultivadores de la fotografía, y a su vuelta a Crimea, a donde fué a docu-

(15) C. LANGLOIS: *Voyage pittoresque et militaire en Espagne dédié a S. E. M. le Maréchal Gouvion Saint Cyr*. Publicado por Engelmann, un voi. en fol., de 43 páginas y 40 litografías.

mentarse para su panorama de Sebastopol, ofreció al Emperador Napoleón III un hermoso álbum, depositado actualmente en el Gabinete de Estampas (16).

Por lo que respecta a los acontecimientos, la colección italiana de F. Pomares y B. Pinelli, así como las láminas publicadas en Francia por Jean y Basset, resultan interesantes como estampas populares, pero no tienen valor documental. Las láminas alemanas de las conocidas colecciones de Campe y Rugendas son casi siempre inexactas por lo que se refiere a la Península, mientras que las relacionadas con Alemania reproducen los paisajes verdaderos. Así, para el sitio de Zaragoza, Rugendas utilizó las murallas representadas en la lámina V del sitio de una ciudad de Rigaud, editado a principios del siglo XVIII, a propósito del sitio de Barcelona (17). Y para la batalla de Tudela, el mismo editor se inspiró únicamente en los tipos observados en Alemania de 1807 a 1808. La producción inglesa es muy abundante. Citaremos solamente algunas colecciones. Las acuatinas coloreadas de Saint Clair (18), compuestas según datos fidedignos, son interesantes, tanto por lo que se refiere a los lugares como a los uniformes y escenas, así como las estampas editadas por Edward Orme, especialmente la toma de San Sebastián, «dibujada por un oficial sobre el propio terreno». En cambio, las anécdotas grabadas por Clark y Dubourg, según Atkinson, representan correctamente los uniformes ingleses, pero incurrir en graves errores en lo que respecta a los franceses, y no se puede, por tanto, confiar en ellas.

Igual ocurre con las composiciones de W. Heath (19), donde en paisajes imaginarios evolucionan formaciones no menos imaginarias. Del mismo género, pero en estilo diferente, es la historia anónima de las campañas del Mariscal Wellington (20), muy convencionalmente ilustrada por Du-

(16) Reproducido parcialmente en el artículo de B. DRUÈNE *Le Colonel Langlois*, en «Revue Historique de l'Armée», núm. 1, de 1954, pp. 77 a 84.

(17) Acerca de Rugendas, véase B. DRUÈNE: *Acquisitions récentes du Musée de l'Armée*, en «Bulletin de la Société des Amis du Musée de l'Armée», núm. 57, mayo de 1956, p. 60.

(18) SAINT CLAIR: *Series of views of the principal occurrences of the campaigns in Spain and Portugal*. Edimburgo, 1812-1814. 12 láminas grandes en folio.

19) Conviene distinguir aquí también entre las diversas series de Heath, que nos ha legado buenas láminas de la campaña de los aliados en Alemania y de su entrada en París. Nos referimos especialmente a las series en folio «Victoria Battle of the Pyrénées», «The sortie from Bayonne», etc., publicadas en 1836 por W. Lairds, Military Achievement.

(20) *Campaigns of Field-Marshal Duke of Wellington*. Impreso en París por Didot para Galinani, en fol., de 226 pp., un retrato y 24 láminas.

pléssis Berteaux, cuya mejor lámina es el retrato del citado Mariscal en uniforme muy sencillo, cabalgando sobre montura pelada.

La colección del l'Évêque, publicada en Londres de 1809 a 1814, se encuentra raramente en el mercado, y resulta muy desigual. Parece compuesta en el estudio y a base de documentos. Algunas láminas son buenas; otras, mediocres, y otras, francamente malas.

Las ilustraciones del libro del Capitán Beatty (21) parecen fidedignas e inspiran confianza. Sus vistas del país vasco son de un verdadero artista.

Sobre los uniformes ingleses de la época, la documentación es abundante. La excelente colección de Hamilton Smith (22) resulta muy autorizada; pero, habiéndose publicado en Londres en 1812, sólo muestra los uniformes reglamentarios al principio de la campaña, que experimentaron tantas modificaciones; entre ellas, la adopción del casco para la guardia a caballo.

Las series editadas en España se hallan escasamente representadas en las colecciones públicas francesas. La colección Devinck, una de las principales del Gabinete de Estampas, se resiente también de esta desgracia. Se comprende que pocas láminas pudieran ser grabadas en la Península durante la guerra. Pero la riqueza de ciertos fondos privados y la presentación en Zaragoza de piezas desconocidas conservadas en las colecciones españolas subraya la pobreza de nuestros depósitos oficiales, que se hace tanto más sensible a quienes consulten el *Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia*, editado por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor Central del Ejército.

Se suele encontrar más frecuentemente la serie «Día dos de mayo en Madrid», con la variante grabada en Londres en 1815, por Behrmann y Colmann, de la defensa del parque de artillería por los Capitanes Daoiz y Velarde. Las láminas de la serie, dibujada por A. Rodríguez, B. Planella, S. M., etc., han sido grabadas por Fabre, J. Toló y Coromina, que ha dirigido la colección aparecida en Madrid hacia 1822. Aparte de algunos errores, ciertos tipos, especialmente los soldados de Infantería con el pantalón largo ajustado al tobillo, se hallan muy bien evocados.

Es difícil encontrar representaciones de los acontecimientos, pero es más fácil tropezar con buenas colecciones de trajes, y, a falta de docu-

(21) R. BEATTY: *Campaign of the Left Wing of the allied army in the Western Pyrénées and south of France in the years 1813-1814*. Londres, Murray, 1823. En 4.º

(22) C. H. SMITH: *Costumes of the army of the British Empire*. 61 láminas, grabadas de 1812 a 1814.

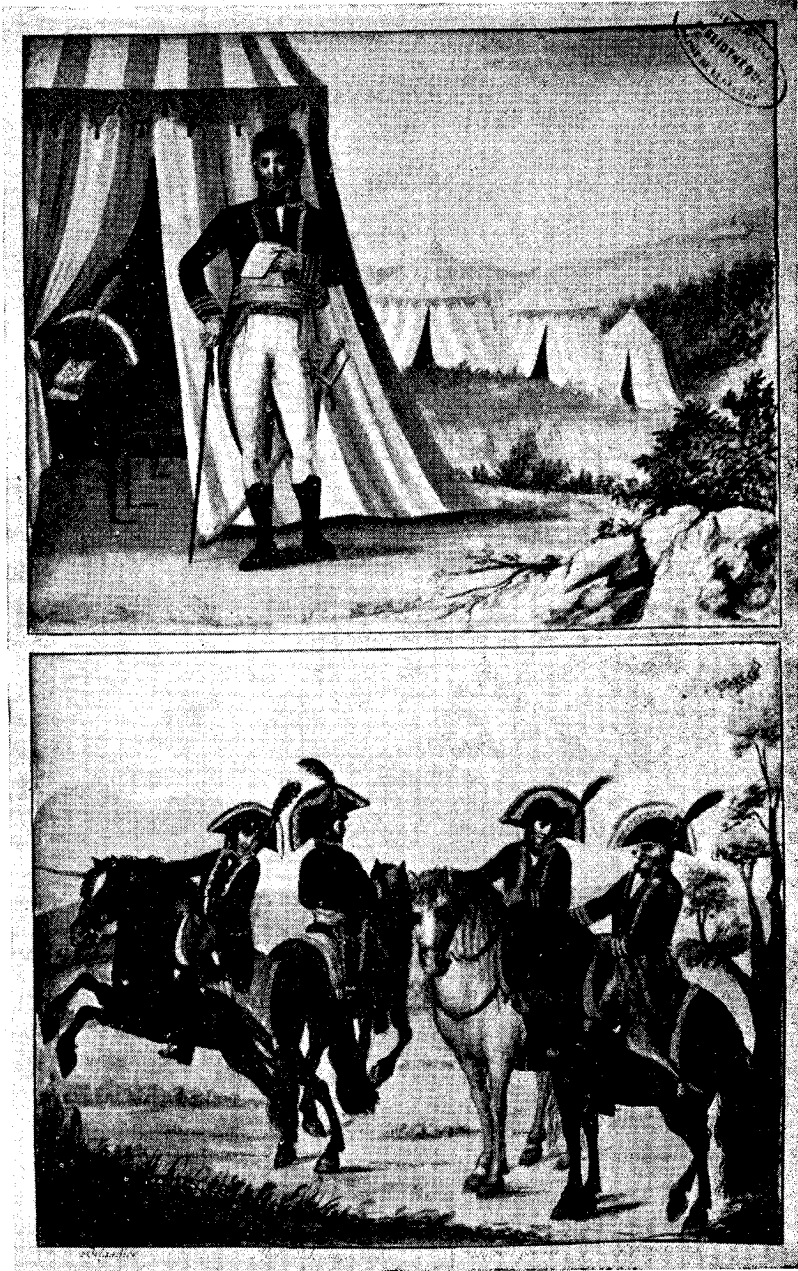


Fig. 1. —Uniformes españoles en 1807: arriba, Generalísimo; abajo, de izquierda a derecha, Brigadier, Mariscal de Campo, Teniente General y Capitán General (Colección de Ordovás, existente hoy en la Biblioteca del Ministerio de la Guerra de Francia).

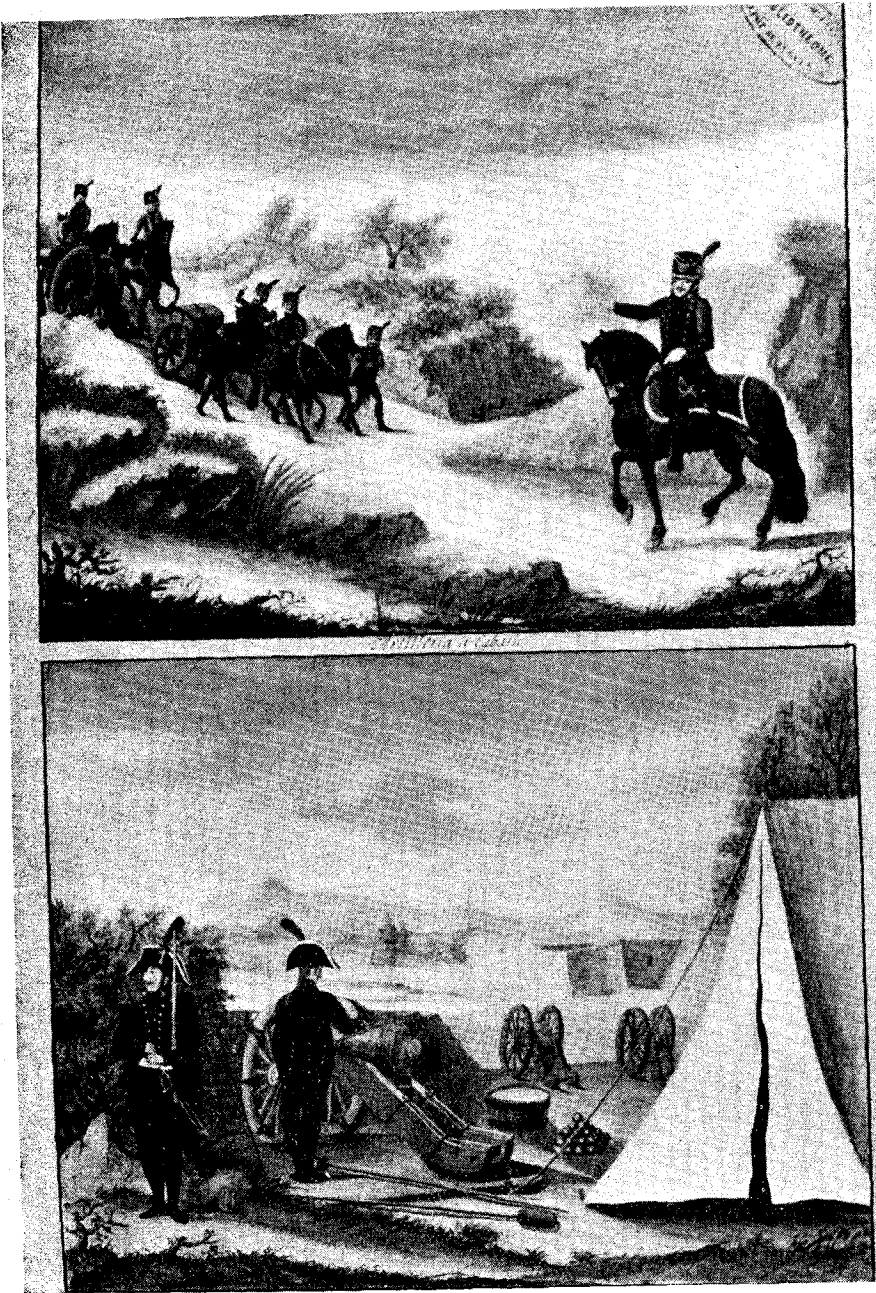


Fig. 2. — Artillería a caballo y a pie (de la misma colección).



Fig. 3.—Oficiales y soldados de Artillería é Ingenieros (Serie de la librería académica de Herzberg, dibujo y grabado de J. Volz).



Fig. 4.—Oficial de granaderos, fusilero, gastador y granadero del regimiento de Zamora (Litografía de Th. Weber, Augsburgo, 1807.—*Bibliothèque Nationale, Estampes, Collection de Ridder. Clisf. R. N. E.*).

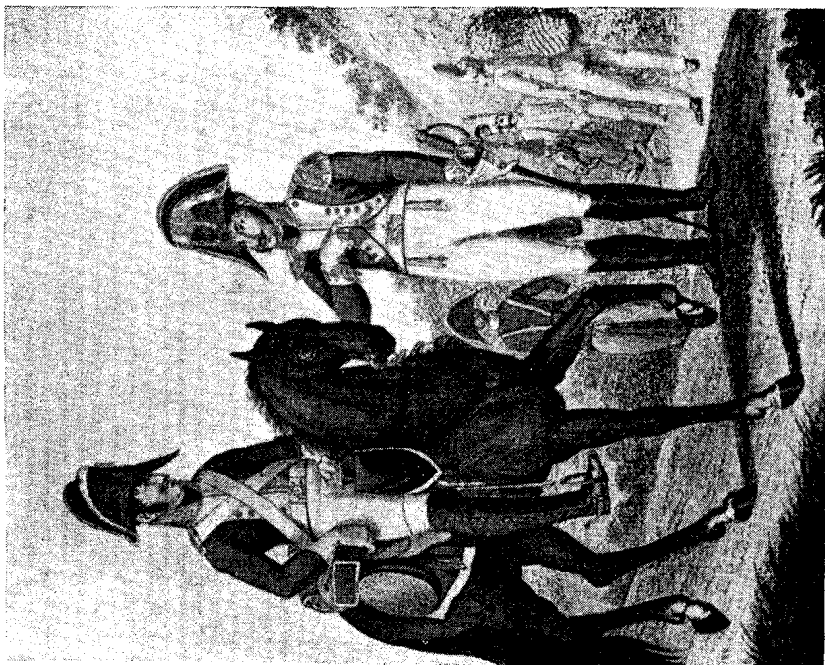


Fig. 5.—Jinete y oficial del regimiento de caballería de línea de Algarve, en traje de gala. Al fondo, soldados en traje de faena, (litografía de Th. Weber, de la misma colección. Clisé B. N. E.).

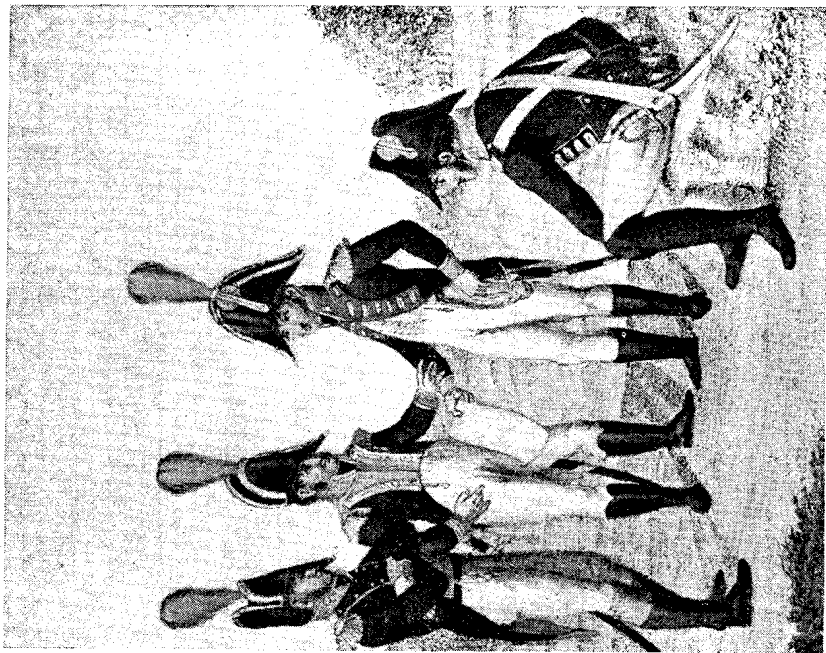


Fig. 6.—Un oficial de Artillería, otro de Caballería de línea y otro de Ingenieros, y un artillero sentado (litografía de Th. Weber, de la misma colección. Clisé B. N. E.).

mentos de la época, las obras del Conde de Clonard suelen ser las fuentes más consultadas. Se las encuentra en el Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional, en la Biblioteca del Ministerio de la Guerra y figuran, a menudo, en los catálogos de venta de las grandes colecciones históricas.

Para el vestuario civil, la colección de láminas, cuidadosamente grabadas e iluminadas, de A. Rodríguez (23), acompañadas de ingeniosas explicaciones, proporciona un muestrario muy extenso de los tipos característicos de Madrid y de provincias. Algunos personajes evocan los primitivos modelos de Goya. Otros tipos se encontrarán, más tarde, en los álbumes de litografías románticas, mucho más corrientes.

Respecto a los uniformes, limitándonos a los testimonios contemporáneos, se encuentra la colección de Navarro (24), desconocida de Lipperheide y de Colas, y representada en la colección de Ridder (25) por 14 grabados coloreados en 4.º. Contiene tipos de finales del siglo XVIII en traje de gala, y se corresponden con los soldados de Infantería practicando el manejo del arma, publicados en Madrid por Rodríguez hacia 1721; pero muestran diferencias notables con otra serie de la colección de Ridder fechada en 1789, en 16.º, sin nombre de autor (26). Los tipos de Navarro corresponden a las láminas 53 y 56 del álbum de Infantería y a las 35 y 36 del de Caballería del General Conde de Clonard, aunque se advierten algunas diferencias, y especialmente, en Navarro, las polainas cortas, que se vuelven a encontrar en las láminas de Suhr, en 1807.

Existía en la Colección Ponti una serie anónima bajo el título manuscrito «Colección de las nuevas divisas de todos los regimientos de Caballería de España, 1802», integrada por 17 láminas en 8.º, grabadas e ilu-

(23) A. RODRÍGUEZ: *Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España, principiada en el año 1801*. En 16.º, de I y 112 láminas, publicadas a partir de 1801, en 14 entregas de 8 láminas, más un suplemento de 4 láminas, fechado en 1814; grabados, según los dibujos de A. Rodríguez, por J. Albuérne, Martí, Rodríguez y Vázquez.

(24) Grabados sin lugar ni fecha de edición, de los cuales nunca he visto el título ni la colección completa. En una colección particular existen 5 láminas diferentes de las de la colección de Ridder.

(25) Biblioteca Nacional, Gabinete de Estampas, Catálogo de la colección de Gustavo de Ridder. París, 1948. Un vol. autografiado, de IV y 218 páginas, comprendiendo 1.515 referencias.

(26) *Uniforme de cada regimiento, assi de Infantería como de Caballería, de España (1789)*.

minadas. No he vuelto a saber de ella después de la venta de aquella colección.

El profesor Richard Knötel hace referencia a una «collection de Novente y siete estampas gli (sic) demostan los nuevos uniformes que se han dado a todo el ex.^o de Espana segun el ultimo reglamento del anno 1806», vendida por Teófilo Barroie, librería para los libros extranjeros, 5 Quai Voltaire, París (27). Knötel ha tomado de ella las láminas 41 del tomo VIII, Caballería de línea; 33 del tomo VIII, Cazadores y Húsares, y 18 del tomo IX, Dragones. Sólo conozco esa serie por sus interpretaciones. No existe, que yo sepa, en ninguna colección pública parisiense, y muchos de mis amigos chiflados por la iconografía no la han encontrado. Sin embargo, aunque el profesor R. Knötel no haya tenido ocasión de examinar de cerca todos los modelos de uniformes que ha representado, su reconocida maestría en la comprensión e interpretación de los documentos gráficos acreditan suficientemente sus composiciones. Disponía de las colecciones berlinesas, de una documentación personal muy importante y de correspondencias en el mundo entero.

De la misma época, pero con anterioridad a la entrada en servicio de las prendas correspondientes al reglamento de 1806, existe en nuestro Ministerio de la Guerra un documento de valor excepcional.

Se trata de la colección llamada de Ordovás: «Estado del Exército y la Armada de S. M. C. formado por el teniente Coronel del real cuerpo de ingenieros encargado del Museo Militar Don Juan José Ordovás, año 1807» (formato: 0,525 × 0,36; dimensiones de las láminas: 0,455 × 0,23).

La ilustración consiste en una portada y 28 láminas, delicadamente iluminadas al temple, con retoques en oro; las unas, a plena página; las otras, en dos o cuatro filas.

El texto está cuidadosamente calografiado. Contiene, para cada Arma o Servicio, el origen, las transformaciones, las acciones de guerra, los nombres de los Coroneles de cada regimiento y ciertos detalles que no registra Clonard. Estadillos muy claros nos muestran al detalle, por servicios y por Cuerpos, los efectivos, las tarifas de sueldos y gratificaciones para el vestuario, y, finalmente, los gastos globales para cada Arma y Servicio; re-

(27) PR. RICHARD KNÖTEL: *Uniformenkunde Lose Blätter zur Geschichte der Entwicklung der militärischen Tracht*. Babenzen-Rathenow, XVIII volúmenes, publicados de 1890 a 1921, en 8.º con un texto de 48 páginas por volumen a partir del tomo VI y cerca de 1.000 láminas en zincografía iluminadas. Las últimas son del hijo del autor, el profesor H. Knötel, junior.

presentando un total para el Ejército, en pie de paz, de 266.013.637,29 reales anuales, y 362.572.094,27 reales en tiempo de guerra, y para la Marina, 47.181.105,10 reales, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

La artillería a caballo lleva el mismo uniforme representado por Maturana (28). El granadero de milicias provinciales es semejante al de Navarra. Pero los húsares llevan todavía el mirlitón (especie de bonete troncocónico) y no el chacó usado por el regimiento de Villaviciosa en Alemania en 1807, después que este Cuerpo, de Dragones en otro tiempo, pasó a pertenecer a la Caballería ligera. E, igualmente, los primero y segundo regimientos de voluntarios de Cataluña llevan el uniforme con sombrero, levita y poncho de la Infantería ligera reproducido en las viñetas de Clonard y en la lámina 64 de su álbum de la Infantería, en lugar del casco y la chaquetilla con alamares del reglamento de 1802. Esta obra, fechada en 1807, debió de tardar mucho tiempo en realizarse; sus láminas son, indudablemente, anteriores a esa fecha, y aun a la entrada en vigor del reglamento de 1806.

La expedición de las tropas del Marqués de la Romana al norte de Europa, a través de los países de la Confederación germánica y de Dinamarca, aliados del Imperio Francés, proporcionó a muchos artistas la oportunidad de tomar nota de los originales uniformes de un ejército que no había combatido en tales regiones desde la guerra de los Treinta Años.

A causa de ello, varias series muy interesantes aparecieron a partir de 1807. Los uniformes españoles fueron primeramente dibujados en Munich para ilustrar la portada del manual editado para dicho ejército por el representante de España cerca del Rey de Baviera, C. Gimbernat. En Nuremberg se publicaron seguidamente algunas estampas populares bastante simples, pero expresivas, así como el hermoso grabado de Geissler, según el dibujo de un artista cuya firma resulta ilegible.

En Augsburgo, varios establecimientos se dedicaban desde hacía tiempo al comercio europeo de grabados y, sobre todo, de láminas de actualidad, como los de Rugendas y Campe. Por último, la Librería Académica, más tarde, de Hezberg, editaba desde 1800 una serie muy artística de uniformes militares europeos, comenzada por Seele (29), a la que Volz

(28) CORONEL DON VICENTE MARÍA DE MATURANA: *La Artillería volante presentada al Excmo. Sr. Príncipe de la Paz*. 6 estampas dibujadas por A. Julia y A. Guerrero, y grabadas por Esteve, Noseret y López.

(29) B. DRUÈNE: *Nos Anciens dans l'œuvre de Seele en Donau-Eschingen*, en «Vert et Rouge», núm. 110, de 1957, pp. 16 a 25, con figuras.

aportó, dentro de la misma serie, cinco láminas, grabadas y finamente iluminadas a la aguada, de las tropas españolas de todas las Armas; verdaderos cuadritos de género de gran elegancia y muy fidedignos. Constituye una de las publicaciones más agradables y apreciadas de esta época (formato: 12×15 , aparte del texto).

Rugendas editó una hermosa serie de seis aguafuertes iluminados, bien compuestos, precisos y vigorosos, aunque tal vez un poco duros, atribuidos al después famoso pintor muniqués Albert Adam (formato: $9,3 \times 12,5$, acompañado de texto).

También fué, indudablemente, en Augsburgo donde Thomas Weber (30) publicó una serie de seis litografías en colores muy difícil de encontrar, cuyo título desconocemos, y que puede considerarse como un incunable de la litografía. Contiene tipos de los regimientos de Infantería de Guadalajara, Zamora y Voluntarios de Cataluña; así como de los de Caballería de Algarve y Villaviciosa, Artillería y Zapadores; es decir, los Cuerpos que componían la División de Etruria, mandada por el General Kindelán.

En Hamburgo, los hermanos Suhr tuvieron ocasión de contemplar y representar los tipos del Cuerpo reunido del Marqués de la Romana. Profesores de dibujo y también editores, los hermanos Suhr han publicado colecciones muy importantes de trajes y vistas de aquella ciudad (31) consagrando dos series a las tropas españolas: una de 18 láminas grabadas e iluminadas (32), y otra, más tardía, litografiada. La primera, por su formato, la habilidad del dibujo y la finura del trazo, así como la frescura del colorido, es la más elegante de las dos. Por tratarse de obras de buenos artistas, especializados en el estudio de la indumentaria, son muy exactas y dignas de fe. Seducidos, al parecer, por la novedad de los tipos, los autores se esmeraron en su labor. Retrataron las familias, los reclutas, los acemileros, los trajes de faena y de paseo; así como los granaderos de Zamora, de guardia en el alojamiento del Príncipe de Ponte Corvo, con

(30) THOMAS WEBER: Seis láminas litografiadas e iluminadas, de $0,27 \times 0,18$.

(31) B. DRUÈNE: *Baschkirs á Hambourg*, en «Carnet de la Sabretache», número 417, de 1958.

(32) CHRISTIAN y CORNELIUS SUHR: *Samlung verschiedener Spanischer National Trachten und uniformen der Division des Marqués de la Romana, 1807 und 1808 in Hamburg in Garnison, gezeichnet von Christ. Suhr, Prof. Radlert und geätzt von corn. (Suhr-Hamburgo, hacia 1808, portada y 18 láminas en 4.º, $0,22 \times 0,165$), y TH. HOLTZMAN: *Das Spanische Militär in Hamburg, 1807-1808*. Hamburgo, 1907, en 8.º, de 29 pp., 4 láminas en colores, reproducción de los tipos de Suhr, con fondos diferentes, formando panorama.*

los nuevos gorros de piel traídos de París, cada uno de los cuales valía 300 francos, y los gastadores y oficiales en traje de gala. Esta serie escasea bastante. La serie litografiada es todavía más difícil de encontrar. Sólo se conocen dos ejemplares; se trata de tiradas de prueba, y no parecen haberse llegado a publicar definitivamente. Uno de los ejemplares lo conserva la familia del Barón de Marbot (33) y el otro se encuentra en la Biblioteca del Comercio de Hamburgo, que en 1899 prestó su álbum a la Biblioteca Nacional de París, donde se efectuaron una decena de copias autográficas, de las que algunas fueron iluminadas a mano. Esta tirada, menos lograda que la anterior, ha sido interpretada por M. Terrel des Chênes y editada en 155 ejemplares con un prefacio de M. J. Magerand (34). Desgraciadamente, la interpretación por M. Terrel des Chênes de las litografías sombreadas de Suhr y de sus dibujos a la línea no siempre consigue expresar determinadas calidades, y exagera, en cambio, los defectos de los originales. Finalmente, en ocasiones, el colorido no es completamente exacto. Existen, desde luego, copias más perfectas, y puede utilizarse la obra de Terrel des Chênes yendo a corregir sus errores a la Biblioteca Nacional o a la vista de los originales. Las escenas del álbum litografiado, con excepción de una, son completamente diferentes de las de la serie grabada. En aquélla aparecen soldados del regimiento de Zamora en traje de camino, tambores mayores, músicos y trompetas. Se puede ver a los regimientos de Villaviciosa y de Voluntarios de Barcelona con sus antiguos y nuevos uniformes, ya que éstos fueron modificados durante su estancia en Hamburgo. Aunque no la más artística, es, por tanto, la más completa de las colecciones de los hermanos Suhr. El examen de las láminas de uniformes franceses revela cierto número de pequeños errores de detalle mal vistos o mal interpretados. Y, sin duda, ocurrirá lo mismo con las láminas españolas.

Estas series han sido completadas por la publicación reciente de un documento poco conocido. Las memorias de numerosos daneses habían aportado ya, desde hace tiempo, una importante contribución a la historia del Cuerpo del Marqués de la Romana. Era de esperar también que hubieran

(33) Testimoniamos aquí nuestro agradecimiento a mademoiselle de Bois le Comte y M. de la Serre, que nos permitieron consultar el ejemplar de la colección Marbot.

(34) TERREL DES CHÊNES: *Représentation des uniformes de toutes les troupes qui on été casernées à Hambourg de l'année 1806 à 1814*. París, en folio, de 4 pp. y 158 láminas en colores, de las que 33 corresponden al Ejército español, 4 al Ejército del reino de Italia, 57 al Ejército francés, 34 al holandés, 7 al westfaliano, 5 a las tropas aliadas de Francia, 3 a las tropas danesas, 1 a las suecas y 7 a las rusas.

conservado las efigies de sus huéspedes. El señor von Preben Kannik (35) acaba de publicar dos láminas según acuarelas del pintor danés Andreas Ornstrup, «que en su juventud tuvo ocasión de ver a los españoles», dirigidas, en 1846, a un establecimiento litográfico de Copenhague, conservándose actualmente en el Tøjhusmuseet de esta ciudad. En todo caso, es difícil decidir si el autor se ha servido de apuntes personales o de documentos, pues sus recuerdos de hacía cuarenta años tenían que ser forzosamente vagos. A los tipos ya conocidos se añade un capellán, ya representado a caballo en la lámina de Geissler; pero esta vez a pie, con polainas cortas y fumando uno de esos cigarrillos que tanto llamaron la atención de los daneses, fumadores de pipa.

En Francia se pueden contemplar, en las galerías históricas de Versalles, dos clases de lienzos: los procedentes de testigos directos, como Lejeune y Langlois, o de contemporáneos, como Gros, que pintó por orden y a la vista del Emperador; pero en París y a base de modelos, y, finalmente, las reconstituciones tardías ejecutadas en el reinado de Luis Felipe. Como legado del Depósito de Guerra, disponemos de acuarelas representando, unas veces, simples perspectivas de los campos de batalla, y otras, reconstituciones en que figuran las tropas; pero más bien para determinar su emplazamiento sobre el terreno que atendiendo a su aspecto pintoresco (36). Sólo un pequeño número se refiere a España: el dibujo que representa a Napoleón ante Madrid; las batallas de La Coruña (16 de enero de 1809, a las tres de la tarde) y de Oporto (29 de marzo de 1809); cuatro acuarelas sin tropas representando el campo de batalla de Ocaña, y tres piezas relativas al sitio de Ciudad Rodrigo (15 de junio al 10 de julio de 1810), a la persecución de Wellington en Salamanca (15 de noviembre de 1812) y a la batalla de Toulouse (10 de abril de 1814, de ocho a nueve de la mañana y a las tres de la tarde).

Tales acuarelas constituyen buenos documentos para conocer el aspecto de los citados lugares en aquella época; pero para los incidentes de la lucha y los uniformes, la obra del General Lejeune es más interesante. A sus cuadros de Versalles—como el del asalto al convento de Santa Engracia, donde se representa a sí mismo tendido en tierra entre los heridos,

(35) PREBEN KANNIK: *Die spanische Division de la Romana in Dänmark*, en «Zeitschrift für Heeres und Uniformenkunde», núm. 100, septiembre 1956, pp. 82 a 85, y núm. 151, diciembre 1956, pp. 105 a 107, con dos láminas.

(36) Ministère de la Guerre.—Etat Major de l'Armée. Section Historique: *Liste chronologique des tableaux formant la collection du Ministère de la Guerre (peintures, aquavelles, dessins, représentant les batailles, combats et sièges livrés par l'Armée française, 1628-1887)*. París, 1901. Un vol. en 8.º, de 60 pp.

o el de Somosierra, donde estuvo presente; el de Chiclana, etc.—hay que añadir sus diferentes grabados, con vistas de Zaragoza, sobre las diversas maneras de viajar en España, o su captura, donde podemos apreciar los trajes de camino de los oficiales franceses y el pintoresco aspecto de los guerrilleros de don Julián el *Médico*.

En las series de uniformes publicadas en París bajo el Imperio se descubren muy pocos uniformes españoles. Martinet (37) representa cuatro de ellos: guardias de Corps de la compañía española, un dragón del primer regimiento, un lancero de la Mancha, primer regimiento, y un voluntario del reino de Valencia. Este mismo voluntario se encuentra en la serie de J. Oliveira (38), sin que pueda precisarse quién fué el que inspiró al otro. Los «préstamos» de esta clase eran muy corrientes en aquel tiempo.

Saint-Fal (39) nos ofrece una lámina dedicada a las tropas españolas, representando a un General, un oficial de Dragones, un soldado de Infantería que lleva un chacó de modelo inglés, pero con placa de cobre ostentando las armas de España, y un guerrillero. Los personajes tienen cerca de 16 centímetros de altura, y están bien grabados e iluminados.

Existe en la Biblioteca Nacional, Gabinete de Estampas, formando parte de la colección de Ridder una serie anónima de dibujos iluminados procedentes de la colección Cottureau, pero sin indicación de autor y fuera de catálogo. Se trata de uniformes extranjeros, comprendiendo 117 dibujos acuarelados relativos a los ejércitos austríaco, prusiano, bávaro, sajón, danés, wurtemburgués, inglés (números 115 a 149), español (números 154 y 174, correspondientes a períodos ulteriores, y el número 176, al ejército del Rey José) y portugués (números 162 y 175).

Estas acuarelas, sin gran valor artístico, parecen sin embargo, bien documentadas, y algunas llevan notas indicando correcciones.

En la Biblioteca del Museo del Ejército, la colección Dubois de l'Étang contiene calcos y dibujos a la línea de uniformes españoles de 1800 a 1814, pero sin referencia a documentos determinados.

(37) Editor parisiense que publicó numerosas series de trajes. Las láminas que se citan se hallan incluidas en *Les Troupes Etrangères*. 55 láminas en 8.º, grabadas e iluminadas, que aparecieron entre 1805 y 1815.

(38) J. OLIVEIRA: Una portada y 9 láminas en 8.º, publicadas en París, en el domicilio del autor, 56 Boulevard du Temple, sin fecha. El autor no figura en los catálogos de la Biblioteca Nacional, lo que es muy lamentable. El trompeta de Caballería española y el soldado de Infantería portugués, representado en la portada, están muy bien logrados.

(39) SAINT-FAL: *Costumes militaires* (1815). 14 láminas en 4.º, apaisadas, 0,328 X X 0,209.

En el mismo Museo, y en la colección Vanson, se encuentran: láminas en colores de los guerrilleros de Julián Sánchez y el *Empecinado*, publicadas por la casa Langlumé; un guerrillero a caballo de Asturias, editado por Mdllopeau; otro guerrillero a pie, según H. Lecomte, editado en 1818 por Lasterie; una pequeña serie popular de guerrilleros, constituida por grabados muy finos, sin lugar ni fecha de publicación, y una gran lámina litografiada italiana, copiada de Bradford. Existen, por último, dos láminas españolas anónimas, muy raras e interesantes, de las cuales tomó Clonard la figura de la izquierda de la lámina 39 de su álbum de Caballería (soldado a caballo del regimiento de Granaderos de Fernando VII, que ha levantado el Conde de Fernán Núñez en el año 1808, y el mismo a pie). Estos grabados, muy precisos, se hallan iluminados por el estilo de los de Matrinet.

Sin referirnos a las improvisaciones más o menos documentadas, destacaremos solamente las litorafías de Marlet, aparecidas bajo la Restauración, y, sobre todo, el álbum de un oficial español de Caballería (40), ilustrado por H. Vernet y E. Lami, representando los uniformes de dicha Arma al comienzo de su reorganización, así como una litografía del propio E. Lami, basada, como el álbum citado, en documentos, y que representa la proclamación de la Constitución en Madrid el año 1820, con un cortejo en que figuran numerosos oficiales generales. Estas piezas se encuentran generalmente sin iluminar; los ejemplares en color son más raros.

Una crítica detallada de todas estas láminas rebasaría los límites de este estudio. Se desconoce, a menudo, el nombre de los autores y, sobre todo, las condiciones en que han trabajado. Casi todos han añadido un cierto coeficiente de deformación, de interpretación personal. Para apreciar sus trabajos, es necesario confrontar muchas fuentes, y, cuando es posible, los objetos mismos. Habitados a las fotografías, disculpamos raramente ciertas torpezas toleradas en otro tiempo. Las excelentes reconstituciones efectuadas hace cincuenta años en Zaragoza para las fiestas del centenario de los Sitios permitieron tomar de los maniqués y figurantes valiosas fotografías. Iconografía y museografía son ciencias auxiliares de la Histo-

(40) «Manejo del Sable... Colección de 40 desinos (sic) lithographicos que representan las diversas posiciones de este ejercicio á caballo por 3 V. M. de P.», litografiados por G. Engelmann, según los dibujos de H. Vernet (frontispicio, de E. Lami), año 1819. Contiene un frontispicio y 40 láminas, con texto explicativo, representando la compañía de preferencia y la compañía ordinaria de los dragones del Rey y de Sagunto, de los 1.º, 2.º y 3.º de coraceros; de los carabineros, de los guardias de Corps, de los batidores de este Cuerpo, de los regimientos de Caballería de Almansa y Olivenza, de los húsares españoles y de la artillería a caballo.

ria, necesaria e íntimamente asociadas, y sometidas también, a su vez, a una disciplina de absoluta probidad. Objetos y grabados se explican los unos por los otros, y es necesario cotejarlos.

La evolución de las modas militares obedece en todas las naciones, casi al mismo tiempo, a necesidades y conveniencias análogas que parecen inherentes a la naturaleza de las cosas.

El Ejército español de la Guerra de la Independencia se transformó, como todos los del Continente, en medio de las dificultades implicadas por la creación de unidades nuevas, mientras se veía privado de los recursos de importantes centros de producción.

Sobre esta transformación, los documentos conservados en las colecciones francesas resultan muy abundantes por lo que se refiere a los años 1807 y 1808, en que se aplicaban los reglamentos de 1801 y 1806; pero después se van haciendo más escasos. Por lo que respecta a los generales, disponemos de retratos numerosos y escalonados en el tiempo. Su uniforme quedó pronto estabilizado en sus elementos esenciales: la levita con solapas, la faja y los entorchados. Los reglamentos, la moda y el gusto personal aportarán notables diferencias. En la obra del propio Goya, al lado de la inimitable expresión de los caracteres, se reflejan las modificaciones sucesivas del uniforme en los retratos del General Urrutia, de Ricardos, del Príncipe de la Paz, del General Palafox, del Rey Fernando VII y de Villacampa joven; modificaciones que se extienden desde la solemne casaca del tiempo de Carlos III, al simple frac guarnecido con un bordado discreto. El grabado y la litografía han multiplicado estas efigies, y se podría completar fácilmente para el comienzo del siglo la obra realizada por el Capitán Pedro Chamorro y Baquerizo (41) en su segunda mitad.

Pero en lo referente a la tropa no ocurre lo mismo. Al principio, siguieron rigiendo los reglamentos vigentes. El patriotismo de las Juntas provinciales hizo todo lo que pudo para vestir y equipar lo mejor posible, y a veces hasta con lujo, a las nuevas unidades. Eran los tiempos en que el Príncipe de Ligne opinaba que «el uniforme estimula la coquetería, y la coquetería estimula el valor». Eran también los tiempos en que el espíritu nacional se esforzaba en destacar el indumento guerrero tradicional del país, de igual modo que el espíritu de Cuerpo se complace en los detalles

(41) Capitán Don PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO: *Estado Mayor General del Ejército español. Historia individual de su cuadro en los años de 1851 a 1853*. Madrid, Montero, 1852; 4 vol. en folio, con retratos.

del uniforme particular, ligados en cada unidad a su historia y a sus tradiciones.

Las primeras formaciones debieron de atenerse, dentro de lo posible, a los reglamentos en vigor. Y así en el cuadro de N. Valdivia, titulado «Jura de la bandera en la puerta del Carmen por las tropas de voluntarios al comienzo de la guerra», conservado en la Diputación de Zaragoza, aparecen los voluntarios de 1808 con el mismo uniforme blanco de las tropas de línea. La necesidad de utilizar los elementos de que se podía disponer de un modo inmediato obligó a utilizar, como en Francia el año 1793, el paño pardo para el vestuario del Ejército, al lado de otros colores tradicionales, como el azul para la guardia real, las tropas suizas, la caballería de línea, artillería e ingenieros; verde para la caballería e infantería ligeras, amarillo para los dragones, etc.

El período 1809-1814 es menos conocido y resultaría muy difícil completar las listas de los Cuerpos de nueva creación citados por el Conde de Clonard con un cuadro exacto de sus uniformes iniciales y ulteriores.

La diversidad ha debido prolongarse largo tiempo, aun con posterioridad a la orden de la Regencia de 12 de diciembre de 1811 definiendo el nuevo uniforme de la Infantería tal como la experiencia y las necesidades de la guerra, así como el tener que recurrir a los almacenes ingleses, lo impusieron, y que durará, sin modificaciones esenciales, hasta mediados de siglo, después de un corto período de retorno al pasado, hacia 1815.

La casaca blanca con vueltas de colores vivos y largos faldones fué sustituida por un frac oscuro, más sencillo y sin solapas, que se abrochaba rectamente sobre el pecho con una sola hilera de botones, y cuyos faldones eran cortos. El pantalón largo azul claro (blanco en verano) reemplaza al calzón corto y a las altas polainas que cubrían la rodilla. El sombrero fué sustituido por el chacó, primero troncocónico, a la inglesa, y después, ensanchado por arriba, con adornos de cobre o metal blanco para la tropa y dorados o plateados para los oficiales. Su forma cambiará todavía con frecuencia hasta la adopción del ros, que constituyó durante tres cuartos de siglo el cubrecabezas característico del Ejército español.

Respecto a la Caballería, las dificultades de remonta y organización debieron de ser muy grandes. Sin embargo, se crearon nuevas especialidades dentro del Arma, tales como los lanceros y coraceros. Se abandonó el sombrero y la casaca con solapas, adoptando, como la Infantería, un frac análogo al de los franceses, pero a veces con la pechera adornada de galones planos de hilo blanco, a manera de alamares, que se puede ver en el «Manejo del sable» y en los dibujos de Zambrano. El pantalón con remontas de badana, abotonado al costado, e incluso los amplios bombachos



Fig. 7.—Acuarela anónima, al parecer de la misma mano que un original grabado por Geissler y reproducido por Boppe. En primer plano un soldado de caballería de línea y un granadero del regimiento de Guadalajara con el gorro de cuartel. En medio, soldados del regimiento del Algarve con capa y en traje de servicio. Al fondo, una mujer, un capellán montado en una mula y soldados a caballo del regimiento de Algarve.

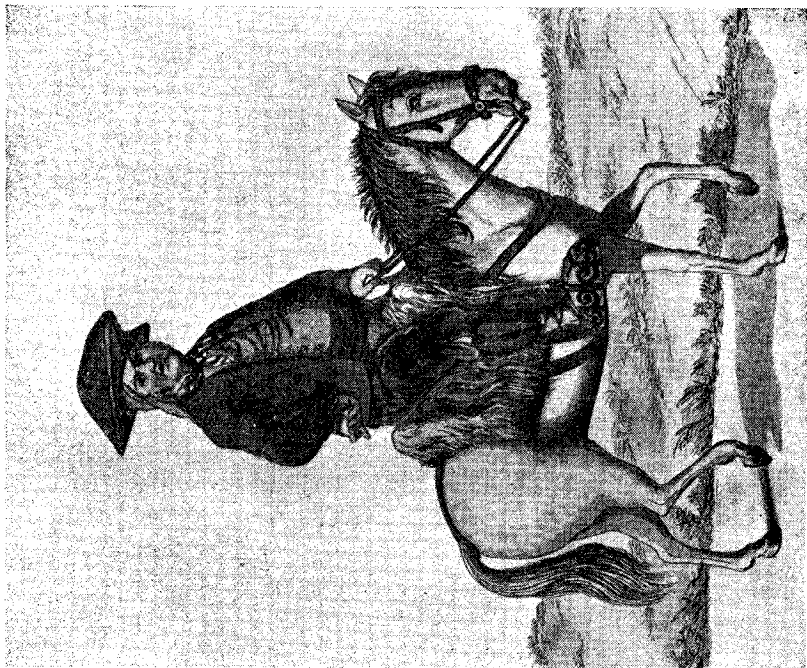


Fig. 8.—El mayoral de los muleros de la artillería (Grabado de Suhr).

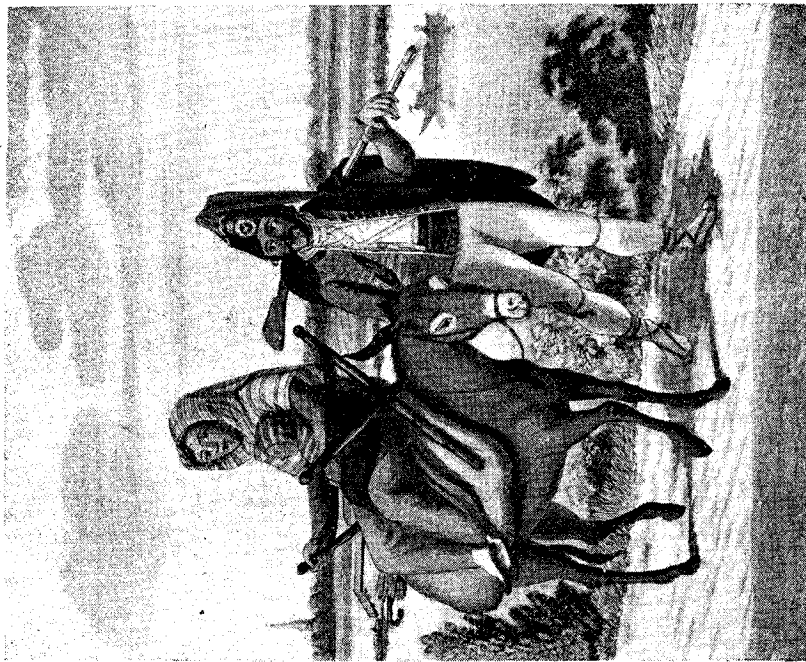


Fig. 9.—Un soldado de Voluntarios de Cataluña, con su mujer y su hijo, en marcha (Grabado de Suhr).

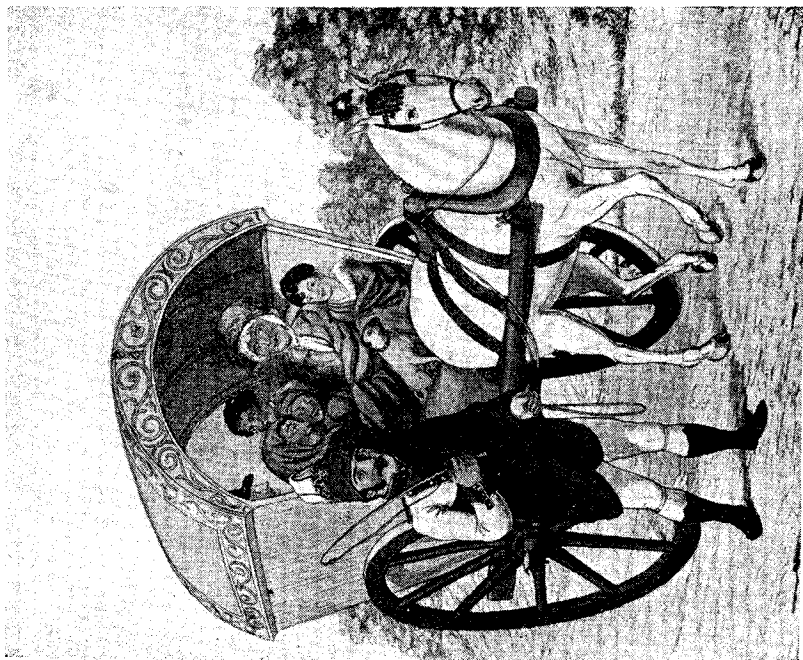


Fig. 10.—Una tartana española en la que viaja una familia (Grabado de Suhr).



Fig. 11.—Servicio de forraje (Grabado de Suhr).



Fig. 12.—Caballería de línea española 1er regimiento de Dragones (grabado en color, publicado por Martinet).

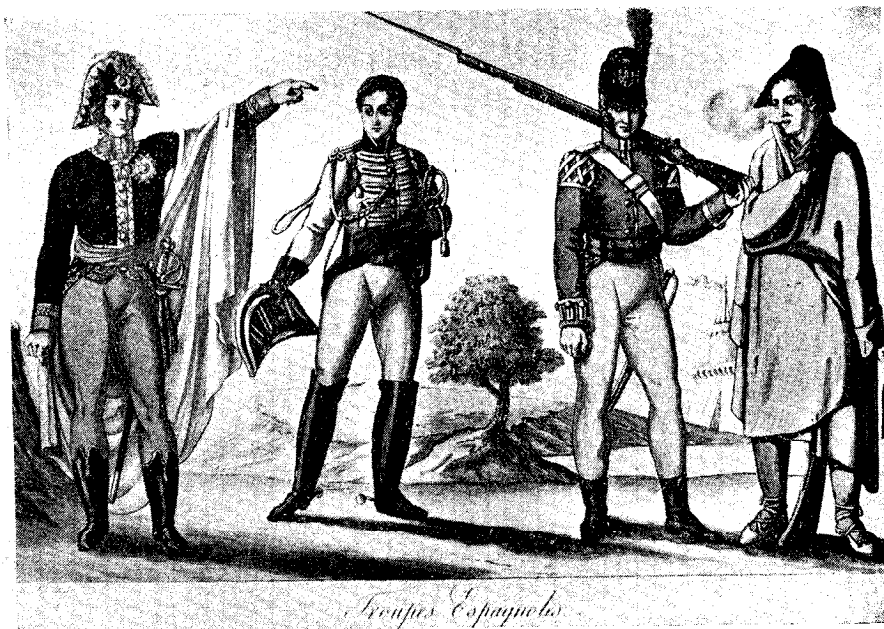


Fig. 13.—Uniformes militares españoles durante la Guerra de la Independencia. De izquierda a derecha: General; oficial de Dragones; soldado de infantería de línea con chaqué de modelo inglés, pero con el escudo de España, y voluntario.

a lo Lassalle reemplazan para los actos de servicio y el traje de campaña a los calzones de ante o de paño a la húngara reservados para los días de gala. En cuanto al tocado, los cascos de diversos modelos sustituyen al sombrero en los coraceros, la caballería pesada y los dragones. Sus compañías de preferencia adoptan aún el gorro de piel, mientras que la caballería ligera usa chacós de diversas formas y colbacks. La Artillería y los Ingenieros siguen una evolución paralela, pero sin desviarse de sus colores y emblemas particulares; si bien la artillería a caballo se permite cierta fantasía.

Con referencia a las guerrillas, la litografía romántica se ha encariñado tanto con este pintoresco capítulo, que es necesario extremar las precauciones. Resulta difícil distinguir lo verdadero de lo falso y, sobre todo, fechar tales imágenes. En el período 1820 a 1824 alcanzaron una boga que la inspiración desbordada de los dibujantes se encargó de satisfacer. Junto a fantasías más o menos justificadas y maliciosas caricaturas, disponemos en nuestra patria de pocos documentos ciertos. Testimonios como los de las ruinas de Zaragoza, el grabado de Lejeune, algunos dibujos contemporáneos y hasta los grabados de Coromina, confirman que se trataba de gentes de todas las clases sociales, pero sobre todo de campesinos con el traje característico de su terruño y un armamento heterogéneo.

Como en lo relativo a las tropas de línea, una vez eliminadas las imágenes extravagantes, los documentos utilizables son escasos. Un esfuerzo serio de investigación, clasificación y crítica permitirá colmar las lagunas de nuestro conocimiento. Y una vez llegados a buen fin, los procedimientos de reproducción moderna facilitarán la amplia difusión de una información objetiva.

Los testimonios ocasionales, a menudo tan importantes, deben ser concienzudamente estudiados. Los datos gráficos ofrecen gran interés, a condición de que se hallen bien escogidos y reproducidos. Aficionados con escasa familiaridad en cuestión de uniformes pueden cometer grandes errores, olvidos o confusiones. Especialistas en un determinado ejército nacional se hallan expuestos a transposiciones al representar tropas extranjeras; y no pretendo aludir tan sólo al pintor prusiano Horwart, que en 1806 utilizó, para representar a las tropas francesas, los grabados en cobre de una serie de uniformes de su país, o al inglés Caton-Woodville, cuyos excelentes cuadros, como el de «La brecha de Badajoz», bien inspirados desde el punto de vista de la composición, desmerecen mucho a causa de los errores cometidos en los uniformes franceses, interpretados a la inglesa, sino a muchos otros, sin excluir los mejores.

La imagen se halla sujeta a disciplinas particulares. Exige informes

precisos, minuciosos, a la escala exacta, y su virtud educativa es muy eficaz.

La promoción a la categoría de figurillas históricas de los modestos soldados de plomo de nuestra infancia ha conducido a sus coleccionistas a investigaciones y estudios muy serios sobre los uniformes, de que dan testimonio sus boletines, y les ha estimulado también, por consiguiente, a interesarse por la historia militar. La gran atención prestada por el Capitán General de la Región, don Pablo Martín Alonso, a la primera Exposición celebrada en Barcelona por los coleccionistas españoles (42), demuestra que no se trata únicamente de un juego, sino de un valioso procedimiento de divulgación histórica.

En la segunda mitad del siglo XIX, numerosas y elegantes publicaciones se propusieron en Francia reconstituir el aspecto de los antiguos ejércitos. A las series de Vernet, Lami, Raffet, Charlet, Bellangé, V. Adam y H. Lecomte, especialmente dedicadas al Imperio, se añadieron obras muy importantes (43), comprendiendo períodos más extensos, bien documentadas en general, lujosamente editadas y que, por consiguiente, escasean en la actualidad. Representan con preferencia los diferentes tipos de uniformes reglamentarios. No se ocupan suficientemente de detalles y variantes, y descuidan los trajes de campaña y de servicio.

Los historiales de los regimientos representan también una importante fuente para la iconografía. Pero, por desgracia, sólo algunos de ellos constituyen una aportación original de calidad. La mayoría nos ofrecen los uniformes clásicos, y muy pocos se esfuerzan en presentar las variantes particulares, y ni siquiera lo que constituyó durante mucho tiempo el orgullo de todos los regimientos: sus pintorescas y empenachadas cabezas de columna, con sus tambores mayores, gastadores, tambores, clarines, trompetas y timbaleros, tan brillantes y tan exclusivos. Algunos Cuerpos, bien inspirados, recurrieron a los especialistas, y Benigni, en Francia; Censi,

(42) *Agrupación de miniaturistas españoles* (año I, boletín núm. 1, p. 1). Este boletín publica una lista de revistas extranjeras similares.

(43) A. DE MARBOT y D. DE NORMONT: *Costumes militaires françaises*, 3 vols. en folio, con 450 litografías en colores. París, 1830-1860.—A. PASCAL, J. DU CAMP, BRAHAUT y SICARD: *Galerías des victoires et conquêtes de l'armée française*, 10 vols. grabados en 8.º, con 146 láminas de uniformes, grabados e iluminados por M. Philipoteaux, 1850-1852.—H. MALIBRAN: *Guide a l'usage des artistes et des costumiers contenant la description des uniformes de l'Armée française de 1780 a 1848*. París, 1904. Album en 8.º, de 250 pp., figuras en negro.—DR. LIENHART y R. HUMBERT: *Les uniformes de l'Armée française depuis 1690*. Leipzig, 1897-1906. 5 tomos, en 8 vol. en 4.º, con texto y 413 láminas en colores.

en Italia, y R. Knötel, en Alemania, aportaron interesantes ilustraciones. Ciertos aficionados resultaron verdaderos maestros, como el Comandante de Cossé-Brissac, de Frontremis, etc. Y otros se hicieron asesorar por artistas de calidad. Finalmente, varias de estas obras se hallan ilustradas con reproducciones de retratos, armas y documentos de la época. A los historiales franceses hay que agregar los de los «alemanes bajo las águilas francesas» (44). Los badenses (45), que obtuvieron del Emperador Guillermo II el derecho de ostentar el nombre de «Mesas de Ibor» entre las glorias de uno de sus regimientos, en recuerdo de su valeroso comportamiento en dicho combate (18 y 19 de marzo de 1809). El regimiento de lanceros de Berg (46), organizado por Murat, que, después de combatir en España, se convirtió en el segundo de húsares prusianos; los contingentes de Hesse y Nassau, de la ciudad libre de Francfort, de los ducados de Sajonia, etc.; historiales todos ellos que contienen abundantes ilustraciones. Sobre los alemanes aliados de los ingleses, como los hannoverianos de la *Kings German Legión*, y los legionarios negros del Duque de Brunswick, cuyos herederos en el Ejército imperial alemán llevaban sobre sus cascos o colbacks el lema «Península», existe también muy abundante iconografía contemporánea, sobre todo acerca de los brunsviqueses, así como buenos historiales (47).

Los polacos han editado muy importantes colecciones de interés para la historia de la Guerra de la Independencia española. Entre las que se encuentran las obras generales de Chelminski y Gembarzewski y el álbum de Luminski; y acerca de la caballería ligera o lanceros de la guardia, uno de los más hermosos historiales que se conocen (48). Estas obras ofre-

(44) Capitán y luego Teniente Coronel SAUZEY: *Les allemands sous les aigles françaises*. 6 vols. en 8.º, con retratos, planos, vistas, figuras en colores y buena bibliografía.

(45) Coronel ERICK BLANKERHORN (1808-1814): *Badische Truppen in Spanien*. Karlsruhe, 1939.

(46) Teniente Coronel J. THOMAS: *Un regiment Rhénan sous Napoléon*. Lieja, 1928.

(47) R. KNÖTEL, en su *Uniformenkunde*, presenta un gran número de reconstituciones bien documentadas.

(48) Comandante A. MALIBRAN: *L'armée du Duché de Varsovie, illustré par Jean V. Chelminski*. París, Leroy, 1913.

B. GEMBARZEWSKI: *Wojsko Polskie Krolestwo Polskie, 1807 a 1830*. Varsovia, 1903.

E. LUMINSKI: *Napoléon*. Warszawa, 1912. Un álbum en 4.º, apaisado, de 344 páginas, con numerosas reproducciones y texto en polaco y en francés.

A. REMBOWSKI: *Sources documentaires concernant l'histoire du régiment des Che-*

cen una seria y extensa información sobre los uniformes polacos, composiciones muy valiosas, cuadros poco conocidos, como el de J. Suchodolski, que representa a Chlopicki en el asalto de Zaragoza; las pinturas modernas de J. y A. Kossak, y, naturalmente, gran cantidad de ilustraciones relativas a Somosierra.

A esta reseña, muy sumaria, de las fuentes más conocidas, es necesario añadir los dibujos originales y acuarelas de las colecciones privadas que permanecen inéditas y prácticamente ignoradas. Y, en definitiva, conviene tener en cuenta la evolución de las tendencias de los coleccionistas (49). Estos, al final del siglo, se contentaban generalmente con reunir todo lo que había sido publicado. Algunos comenzaban ya a completar las colecciones clásicas, pintando sobre los grabados y litografías variantes o tipos enteramente nuevos. Tales añadidos aparecen, a veces, en los grabados de Martinet y, con más frecuencia, sobre las láminas de la serie Vernet-Lami (50), dando la impresión de haber sido realizados metódicamente por un grupo de aficionados. Otros, como el General Vanson (51), anotaban por sí mismos los tipos observados, y, con gran probidad y buena información realizaban reconstituciones más exactas que las de muchos artistas profesionales. Finalmente, como para estas reconstituciones se extendía cada vez más el radio de la investigación, se acabó por utilizar los ingenuos dibujos de soldados de papel, obra, por lo general, de modestos aficionados, en su mayoría estrasburgueses (52), en boga por entonces y durante mucho tiempo aún por toda Europa, como lo ha demostrado el interesante estudio de los señores J. Amades, J. Colominas y P. Vila sobre láminas publicadas en talleres catalanes (53), y como lo probó también el éxito de los talleres de Pellerin en Épinal.

El Profesor Richard Knötel supo descubrir colecciones de modestos dibujos reunidos por los aficionados a los uniformes de antaño, y extrajo

vaux Légers de la Garde de Napoléon I. Varsovia, 1899. Un vol. en 4.º, CLXVIII y 829 pp., figuras y facsímiles, con 10 láminas dedicadas a Somosierra.

(49) Comandante E. L. BUCQUOY: *Breviaire du Collectionneur d'uniformes.* Nancy, 1953.

(50) VERNET y LAMI: *Collection des uniformes des armées françaises de 1791 a 1814* (tomo I) *et de 1814 a 1824* (tomo II).

(51) El General Vanson, primer director del Museo del Ejército, legó sus colecciones a este museo.

(52) P. MARTÍN: *Les petits soldats de Strasbourg.* Edimburgo y París, 1950.

(53) J. AMADES, J. COLOMINAS y P. VILA: *Els soldats.* Barcelona, 1936. Un volumen en folio, de VII y XLVIII p., y un vol. de C. planas de facsímiles en colores.

de ellas una documentación muy útil para sus composiciones. A principios de este siglo se puso en moda buscar y utilizar tales dibujos. Un pintor establecido en Bayona, M. Fort, declaró haber descubierto un manuscrito atribuido a un monje español, «El Guil», del que extrajo muchas interpretaciones. «Obtuve dicha colección—escribe el citado pintor—de la viuda de un Comandante español, la señora Souza. De las investigaciones iniciadas por el General Luque, entonces Ministro de la Guerra de España, y por el General portugués y coleccionista Ribeiro, para identificar tal colección, parece deducirse que fué probablemente sustraída de alguna biblioteca pública o de cualquier casa confeccionadora de disfraces. Esto es cuanto sé, que es muy poco. No puedo figurarme cómo el Comandante coleccionista llegó a procurarse dicha serie, y he de advertir que él no atribuía gran valor a la misma, de la cual había separado los tipos militares españoles, que nunca he logrado descubrir» (54). El Comandante Bucquoy había reproducido en su publicación de tarjetas de uniformes del primer imperio (55) un cierto número de tipos procedentes de «El Guil», escogidos entre los que parecían más verosímiles, y comprobó con satisfacción que otras fuentes venían a confirmar posteriormente algunos de ellos.

Desgraciadamente, Fort, impulsado por un coleccionista poco escrupuloso y muy interesado, multiplicó, con fines mercantiles, las interpretaciones del documento original, que ha pasado a ser, según parece, de propiedad privada. Dicho documento constituye, pues, una excelente contribución al conocimiento de las tropas francesas en España, pero con las reservas expuestas. Sería, por último de desear que apareciera la serie de uniformes españoles, si es que realmente existe, pues no pocas incógnitas subsisten todavía a propósito de esta obra, tachada por algunos de apócrifa, y cuyas vicisitudes relató Fort pocos días antes de su muerte, mientras que el Comandante Bucquoy ha admitido, y en cierto modo comprobado, si no su autenticidad, al menos ciertas calidades.

Tal vez convendría también orientar las investigaciones hacia esos modestos datos, a menudo olvidados, como los álbumes de familia, donde talentos precoces han esbozado una silueta, o *carnets* de artistas, de aficio-

(54) Carta de E. F., citada por el Comandante Bucquoy: *La vérité sur El Guil*, en «Le Passepoil», año XVIII, núm. 2, p. 53.

(55) Teniente y después Comandante E. I. Bucquoy: *Les uniformes du premier Empire*. 226 series de 8 tarjetas iluminadas, según sus acuarelas y las de varios pintores militares franceses y extranjero, con notas explicativas, algunas de las cuales constituyen verdaderas monografías, 1906-1953.

nados y profesores de dibujo, que intentaron recoger alguna nota de actualidad. Asimismo, los coleccionistas podrían suministrar clisés de sus piezas originales a los conservadores de los museos militares o culturales. Si todo ello llegara a realizarse, se conseguiría muy pronto un mejor conocimiento de los aspectos del pasado, gracias a ficheros metódicos y a repertorios de excelentes reproducciones y fotografías.

En Francia, hay que destacar, además de las revistas ya indicadas, la publicación que bajo el título «Los uniformes del primer Imperio» viene realizando, desde hace cerca de cincuenta años (desde 1906 a 1953), el Teniente y después Jefe de escuadrón Bucquoy, asistido por una pléyade de artistas particularmente eruditos; extranjeros los unos, como el italiano Cenni, el polaco B. Gembarzewski, el alemán R. Knötel y el austriaco K. A. Wilke, y franceses los otros, como P. Benigni, H. Boisselier, Bottet, R. Louis, Malespina, Margeraud, L. Rousselot, M. Toussaint y Vallet; en suma, todos cuantos se han distinguido en la ilustración y la erudición militar, dentro de nuestra patria, desde el comienzo del siglo. «Nos ha parecido interesante—escribía el Teniente Bucquoy—investigar, para los diferentes Cuerpos, al lado del uniforme de gala reglamentario, fácil de encontrar, los desconocidos uniformes de diario, de paseo y de campaña, y reunir los que efectivamente fueron usados, tal como nos los revelan los apuntes tomados de nuestras tropas en el curso de sus caminatas a través de Europa; averiguando cómo, además del oficial y del soldado, iban vestidos los gastadores y músicos, los trompetas y tambores, el suboficial o el herrador, y sin limitarse exclusivamente a los Cuerpos de tropa, ocuparse también de los Estados Mayores y de los Servicios...»

Tan vasto programa pudo parecer, al principio, muy ambicioso, y frente a la inmensa tarea, demasiado modestos el prestigio de un joven Teniente y su medio de expresión, las series de ocho tarjetas ilustradas en color. Pero él no carecía de fe y perseverancia, aunque a veces su esfuerzo resultó muy duro desde el punto de vista financiero. En definitiva, la empresa respondía a una necesidad; sus tarjetas ofrecían a muchos artistas la oportunidad de exponer sus conocimientos, sus hallazgos, detalles y apuntes tomados en el curso de sus investigaciones. De este modo, cuando, ya retirado desde hacía tiempo, el Comandante Bucquoy publicó en 1953, su 226.ª serie de ocho tarjetas, había realizado efectivamente, con más de 1.808 de las mismas, el programa que se había propuesto. Cada serie va acompañada de una información relativa a las fuentes, consignada a veces en una simple hoja, y otras, en importantes fichas que conciernen a varias series. Algunas de estas últimas constituyen monografías relacionadas con los uniformes de cada Arma, Cuerpo o Servicio. Esta colec-

ción de tarjetas es muy solicitada, y su elevado precio atestigua el interés que se le concede. Por una de ellas, puesta recientemente en venta, e incompleta de varias series, se han pagado, sin embargo, 56.000 francos. Ciertamente es que tan inmenso material necesita también ser comprobado. Algunas de sus reconstituciones a base de textos resultan discutibles, como el propio Comandante Bucquoy no tenía inconveniente en reconocer, proponiendo variantes y haciendo las correspondientes salvedades. Pero hoy ya no es posible estudiar los uniformes franceses del Primer Imperio sin referirse a esta obra, en que las tropas que combatieron en España se hallan evocadas, sobre todo, por Fort y Boisselier, ateniéndose, naturalmente, al inevitable Guil, pero basándose también en otras fuentes.

El principal defecto de Bucquoy y de algunos de sus colaboradores, al principio de sus trabajos, consistió en haberse referido exclusivamente a las imágenes, sin tratar de comprobarlas a la vista del objeto. El propio editor lo reconoció, aconsejando la sustitución de algunas tarjetas de las primeras series, para las cuales ofreció a veces nuevas versiones, adquiriendo así muy pronto suficiente maestría para advertir los errores de los mismos testigos directos. Fue también ayudado en ello por dos artistas, uno de los cuales, Benigni, disponía de la colección Raoul y Jean Brunon, y el otro, Rousselot, del Museo del Ejército. M. Jean Brunon reunió durante cerca de cincuenta años una colección única en el mundo de documentos, uniformes, armas, equipos, arneses e, incluso, banderas, escrupulosamente comprobadas y de muy variada procedencia. Dicho señor presentó el año pasado en la exposición de Zaragoza cuatro notables maniqués: un general (uniforme, sombrero, espada y faja, que pertenecieron al General Bertrand); un coracero, un sargento de carabineros de infantería ligera y un oficial de húsares en traje de campaña. Todas las piezas eran auténticas, salvo las gorgueras de la coraza del coracero, sus botas y los aretes de oro en las orejas del sargento. Los organizadores habían querido presentar esas figuras en recuerdo de los admirables uniformes españoles, expuestos en 1908, con ocasión del primer centenario de los Sitios. Los señores Raoul y Jean Brunon han recibido este año el encargo de presentar: en Milán, una colección de maniqués, varios de ellos a caballo, para la exposición del centenario de Magenta y Solferino, y otros, en el Museo de la Marina, en París, para una exhibición en honor de la Legión Extranjera. Su colección constituye un admirable ejemplo de asociación de las imágenes y los objetos para el mejor conocimiento del pasado.

En 1922, un joven artista recién desmovilizado debutó en «Le Pas-sepoil» y suministró sus primeras tarjetas al Comandante Bucquoy, ad-

quiriendo después una justa reputación por haber renovado nuestro conocimiento de los tipos militares del siglo XVIII y haber añadido a sus trabajos una publicación de gran amplitud sobre los uniformes franceses, seriamente documentada.

Sus láminas en colores, consagradas a diversos ejércitos, presentan tipos muy variados y representan a escala los efectos del equipo y armamento. Una información seriamente documentada acompaña a cada lámina. «Cuando se me consulta sobre los granaderos a caballo y la artillería de la guardia, me remito a las excelentes láminas que ha publicado Rousselot sobre la cuestión (56)»—escribía el Comandante Bucquoy al concluir su obra y a guisa de consigna.

Además de utilizar las figuras y los objetos, los especialistas han recurrido para sus reconstituciones a los establecimientos de fornituras, determinando exactamente los modelos de cada tipo de efectos, la cantidad, la calidad, el color de las telas y de los forros, las dimensiones y clases de los galones, botones y demás adornos, etc. Finalmente, como a menudo hubo que salirse del reglamento, bien por razones de fantasía o de penuria, se han investigado los libros de órdenes de los regimientos, en los que se hallaban anotados los detalles de los diversos uniformes prescritos; las memorias, los diarios íntimos, las cartas en que los soldados o los oficiales jóvenes describían frecuentemente con entusiasmo sus nuevos uniformes o los de los regimientos donde aspiraban a ingresar. A base de todo ello, artistas hábiles, escrupulosos y bien informados, han realizado series exclusivas, que constituyen hoy el orgullo de los coleccionistas avisados y exigentes, que no se sienten ya «dudosos sobre el color de un ribete o de una vuelta».

La historia del uniforme se perfecciona sin cesar. De la época anterior a la fotografía son demasiado escasos los documentos de que se dispone, y no son muchos los objetos que se conservan. Reunirlos, custodiarlos, salvarlos del olvido y de la destrucción y servirse de ellos para un mejor conocimiento del pasado, constituye una tarea difícil, pero necesaria. La exigencia de exactitud, de objetividad y de precisión, propia de nuestra época, impone una severa revisión de todo ese material dudoso admitido por costumbre, ignorancia o pereza ante el esfuerzo. Podría haberse esperado que los productores cinematográficos ayudaran a esta tarea. Pero no ha sido así, y esas gentes que malgastan sin medida sumas fabulosas se muestran, con muy raras excepciones, indiferentes, cuando no escandalosamente desenvueltas, respecto a la verdad histórica. No pocos se sien-

(56) Comte. Bucquoy: *Bréviare d'un collectionneur d'uniformes* (p. 128).

ten inclinados a imitarles, discutiendo la utilidad de revolver en ese farrago de imágenes, a veces dudosas e ingenuas, y, a veces, demasiado bellas y escasas.

Los excesos de la fantasía impulsaron hasta hace poco a desechar de las publicaciones serias toda ilustración (57). Y, así, se vino a desembocar en una especie de historia desencarnada, donde el plano o el mapa, esas imágenes abstractas, constituían la única referencia a la realidad material. Las gentes más acostumbradas a observar a un interlocutor para interpretar sus gestos, consideraban posible estudiar un ejército sin atender a su aspecto, sólo por evitarse el tropezar con demasiadas incógnitas o ficciones.

Y sin embargo, los textos, objetos, monumentos, mapas e imágenes se complementan mutuamente y contribuyen de un modo necesario, aunque no siempre en igual medida, al conocimiento integral de las figuras de otro tiempo (58). La labor de investigación, de reunión, de clasificación, de estudio crítico y de selección iniciada por los grandes maestros de la pintura histórica y los coleccionistas del pasado siglo, han producido ya buenos frutos y seguirán produciéndolos. Una importante cantidad de publicaciones, de textos, de documentos, de facsímiles, de reproducciones, de imágenes y de objetos, ha dilatado el saber de los expertos y proporcionado bases más sólidas a sus conocimientos y apreciaciones. Todavía tienen que encararse a menudo con problemas demasiado áridos para sus luces, y hasta los más avisados llegan alguna vez a comprender con amargura por qué los antiguos augures no podían contemplarse mutuamente sin reír.

El pasado no se nos revela sin esfuerzo; hay que descubrirlo. Y aquí también la Historia nos incita a la modestia y al trabajo. La instantánea retrospectiva es un arte muy difícil y a veces falaz, donde pocos maestros logran destacarse.

Los progresos realizados en el dominio de la imagen han llegado a una etapa en que su papel aumenta de un modo desmedido. A través de la prensa ilustrada, el cine y la televisión, se ha convertido en un medio esen-

(57) Muchas publicaciones importantes, desde la «Revue des Deux Mondes» a la «Revue d'Histoire de l'Etat-Major de l'Armée», no han contenido ilustraciones hasta después de la segunda guerra mundial.

(58) B. DRUËNE: *L'image au Musée Pyrénéen*, en «Pyrénées», núm. 30, abril-junio de 1957, pp. 79 a 86, láminas en negro. Del mismo autor: *L'image au Musée de l'Armée*, en «Revue Historique de l'Armée», núm. 4, de 1957, pp. 59 a 68, láminas en colores.

cial de influir sobre el espíritu. La imagen debe constituir algo más que un estímulo de la fantasía, la mentira o el capricho.

Las revistas históricas actuales se hallan abundantemente ilustradas. Las exposiciones y el cine son utilizados a veces con fruto para contribuir a la educación, no sólo de algunos iniciados, sino de las masas. Y se ha conseguido realizar películas a base de imágenes antiguas, con destino a exhibiciones instructivas, correctas y expresivas, en torno de interesantes temas, para restituir al pasado su verdadero aspecto.